LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO"

MI ENSUEÑO FAMILIAR

Tengo a veces un sueño extraño y penetrante
De una mujer que me ama y que amo intensamente
Y no es, hora por hora, ni siempre diferente,
Ni siempre igual y entiende mi espíritu inconstante.

Pues ella me comprende. Mi corazón vibrante
Tan sólo para ella deja de ser problema,
Y el sudor, que mi frente palidecida quema,
con llanto, ella tan sólo refréscalo al instante.

¿Es morena? ¿Bermeja? ¿Rubia tal vez? Lo ignoro
Su nombre? Tengo idea de que es dulce y sonoro
Como el de las amadas que el mundo ha desterrado;

Su mirada de estatua con castidad sostiene,
Y por su voz grave, lejana y mansa tiene
La inflexión de las voces queridas que han callado.

(Versión de Maristanny.) PAUL VERLAINE. ..

Mujer y Gata

La sorprendí jugando con su gata,
y contemplar causóme maravilla
la mano blanca con la blanca pata
de la tarde a la luz que apenas brilla.

¡Cómo supo esconder la mogigata
del mitón tras la negra redecilla
la punta de marfil que brilla y mata
con acerados tintes de cuchilla!

Melindrosa a la par su compañera
ocultaba también la garra fiera:
y al rodar abrazadas por la alfombra,
un sonoro reir cruzó el ambiente
del salón...... y brillaron derrepente
cuatro puntos de fósforo en la sombra.

Paul Verlaine.
Versión de Guillermo Valencia.

Los tres cajones

Con ademán resuelto—como una persona que no cambiaría jamás de voluntad—la condesa Magdalena designó el mueble japonés de tres cajones en el que la luz de las lámparas hacia temblar la laca rosa y oro, y dijo gravemente:

Abrid uno de esos tres cajones y cuidad bien de elegir. Valentín, pues que en cada uno de ellos he colocado una repuesta á la pregunta que no cesáis de dirigirme hace seis meses. Si ponéis la mano sobre la contestación mas dulce—sobre la que dice: sí—será necesario que yo consienta en desposarme con vos: pero cuidad de encontrar una mala respuesta, porque no volveráis á verme.

—¡Ah!—dijo—llevo una probabilidad contra dos. ¿Por qué os ha venido tal cruel pensamiento?

—Vamos. Yo tendría el consuelo si debe complaceros, de poder acusar al acaso mi falta.

Entre los tres cajones vaciló el largo tiempo su mano trémula, iba del uno al otro, no osando tirar de las asas doradas. Sentía que su corazon se estrechaba ante el miedo de una mala elección.—Al fin decidió cerrar los ojos y contar con la divina misericordia de las providencias... Oh, gozo, oh, infinita delicia. La repuesta,—una hoja de papel rosado—contenía la divina palabra: Sí.

No obstante. Valentín no estaba del todo satisfecho; después de los éxtasis, le vino yo no sé qué tristeza en la frente y en los ojos.

—¡Cómo!—exclamó ella asombrada—¿qué te hace falta, y de qué te quejas, querido ingrato?

—Tengo una pena, repuso Valentín.

—Tú cerca de mí, ¿cuál es?

—Os he debido al acaso, y no á mí mismo. Y continuó pensativo pero ella entonces, estallando en sonoras risas le gritó:

—Tonto... si era la misma respuesta la que había colocado en los tres cajones.

Catulle MENDES.

Canción de Otoño

(Trad. de Carrere)

La queja sin fin
del flebil violín
otoñal
hiere mi corazón
de un lánguido son
letal.

Siempre soñando
y febril cuando
suena la hora......
Mi alma refleja
la vida vieja
y llora.

Y arrasta un cruento
perverso viento
a mi alma incierta
aquí y allá,
igual que la
hora muerta.

Paúl Verlaine

Il pleure dans mon coeur

**Il pleut doucement
sur le ville.
Arthur Rimbaud.**

Llanto en mi corazón
y lluvia en la ciudad.
¿qué lánguida emoción
entra en mi corazón?

Dulce canción de paz
la de la lluvia mansa!
para el dolor tenaz,
oh, qué canción de paz!

¿Que motiva el sufrir
del corazón hastiado?
Sino le vino a herir
traición, ¿por qué sufrir?

¡Y el más grave dolor
es ignorar por qué
sin odio y sin amor
lleno está de dolor.

Paúl Verlaine
(Trad. de E. Diez Canedo.)

PAISAJE...

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorbados segando el trebol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba las hoces brillan con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rubio pelo y luengas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda, erguido, alegre, picarezco, moviendo la cabeza como el bufón de un rey.

....

Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotéan á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramajo de los álamos, que parecen de plata antigua, sonríe, un molino.

El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patio, desgrana mazorcas, con la falda recogida en la cintura y llena de maíz, grita desde lo alto, al mismo tiempo que desgrana:

—Surras! .. ¡Surras;

Y arroja al viento un puñado de fruta que cae con el rumor de la lluvia veraniega sobre secos follajes.

Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta.

Dos aldeanas salmodean en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patio:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!....

Ramón del VALLE INCLAN.

PENSAMIENTOS

Querer es el fin para el que hemos nacido a la vida. Para reir como para llorar, hay que querer, porque querer es [illegible] de imperiosa necesidad. Quiere si te adoran. Y si no te quieren...... quiere también -

El amor sin zozobras sólo es una sombra del amor, porque nadie ama la [illegible] por ejemplo, como un convaleciente que haya estado a punto de perderla.-

En amor como en toda guerra, lo primero que se debe aprender es la ciencia de retirarse a tiempo.

El amor es la única ciencia que comprenden las mujeres; y el espejo, el invento que más las maravilla.

EVERMORE

¡Oh, recuerdo, recuerdo! ¿qué quieres? El otoño
Destacaba en el aire el vuelo del zarzal,
Y el Sol iluminaba con sus rayos monótonos
El bosque amarillento que azotó el vendabal.

Solitarios los dos marchábamos soñando
Ella y yo, los cabellos y el pensamiento al viento
De pronto, dirigiéndose a mí, con la mirada
"¿Cuál fué tu mejor día?" dijo con suave acento.

Tenía un timbre angélico su voz dulce y sonora;
Sonreía yo oyendo su frase encantadora,
y besaba su mano blanca, devotamente.

¡Ah! las primeras flores son brotes perfumados,
Y en su divina música ¡con qué encanto se siente!
El primer "sí" que brota de los labios amados.

(Versión de Carballo.) **PAUL VERLAINE.**

PAUL VERLAINE

Vió la luz en Metz el 30 de Marzo de 1844. Su padre Nicolás Augusto Verlaine, belga nacionalizado en Francia, era capitán y caballero de la Legión de Honor. La madre era hija de Fampoux (País de Calais). Pablo María Verlaine pasó su primera infancia en las ciudades en que su padre estaba de guarnición. Cuando tenía unos siete años, su padre pasó a la reserva y fué a establecerse en París, comenzando Verlaine sus estudios, que siguió en distintos colegios. En 1862 alcanzó el grado de bachiller. Entonces y después de haber intentatado matricularse en derecho, entró en una compañía de seguros.

Obtuvo luego una plaza de escribiente en una tenencia de Alcaldía, de donde pasó al Ayuntamiento. En 1865 su padre falleció, cuando se hallaba casi arruinado. La madre mal aconsejada, por algunos especuladores, empeoró las cosas y Verlaine, que comenzaba a sentir un vivo entusiasmo por la literatura, se hizo amigo de algunos escritores famosos y fué abandonando el empleo poco a poco.

En 1866 publicó **Poemas Saturnianos** de los que nadie hizo caso. En 1869 **Fiestas Galantes**, y al año siguiente, ya en relaciones con la señorita Matilde Manté—con quien se casó aquel verano—, **La buena canción**, con resultado parecido al del primer libro. Sobrevino entonces la guerra e imaginándose Verlaine más o menos comprometido, por sus amistades, en el campo revolucionario, partió de París, con su mujer para el Norte de Francia, instalándose en casa de diversos parientes y amigos. Pero las relaciones de marido y mujer se hacían cada vez más penosas, debido al carácter fantástico e irregular del poeta. De regreso en París nació su hijo Jorge, con lo cual el matrimonio no se entendió mejor. Entonces Verlaine entró en relaciones estrechas con el, no menos fantástico poeta Arturo Rimbaud. De acuerdo con su mujer, y con su suegra, Verlaine invitó a su amigo a pasar algunos días en su casa, pero las rarezas y excentricidades de éste no cayeron en gracia a las señoras, quienes le indicaron finalmente que se marchara. Esto tuvo por resultado inmediato separar más al matrimonio y estrechar la amistad de ambos poetas, que después de interesantes y largas discusiones acerca de literaturas partieron juntos en 1872 hacia Arrás. Pero sus polémicas tomaron allí tal cariz revolucionario, en apariencia al menos que fueron acompañados a París por dos agentes del orden público. De allí partieron por Bélgica e Inglaterra, pasando en Londres cerca de un año.

A todo esto la señora de Verlaine había entablado contra él proceso de separación. En 1873—, encontrándose sólo en Londres, por haber partido a Rimbaud a Charleville, decidió volver a Francia e instalóse en casa de una parienta suya en los alrededores de Sedán.

En esta última temporada había escrito **Romanza sin palabras** que publicó dos años después.

Trató Verlaine de reconciliarse con su esposa, pero fué inútil.

Entonces se reunió de nuevo con Rimbaud en Bouillon. Anduvieron ambos errantes algún tiempo por las Ardennes y partieron de nuevo para Inglaterra. Pero un día desaparece y marcha a Bruselas desde donde llama a su amigo, que acude. En 1873 Rimbaud desea recobrar la libertad y entreambos sobreviene un choque. Verlaine dispara dos tiros contra Rimbaud, que queda herido. Este es asistido en el hospital de San Juan, en Bruselas, y Verlaine encerrado en la cárcel de la misma capital y luego en la de Mons.

En Bruselas el poeta reflexiona, logra calmar las tempestades de su espíritu y se pone a trabajar. Corrige las pruebas de **Romanzas sin palabras**, y el libro aparece gracias al interés de Edmundo Lapeilletier, su mejor biógrafo. Se mandan ejemplares a la prensa y ni uno menciona el libro, que sólo consigue llamar la atención de algunos escritores amigos de Lepelletier. Trasladado a la prisión de Mons, comienza a sentir impulsos de remordimientos por su pasado, que le llevan a la conversión religiosa, que lega al mundo un breve libro maravilloso, **Cordura**, su obra maestra. La pena que le produjo el no poder reconciliarse con su mujer, cosa que esperaba con ilusión, por haber hallado en la vida reglamentada de la cárcel, y en sus nuevas ideas una dulzura y un sosiego que le hacían esperar aún horas de dicha en su hogar, le llevó a buscar consuelo en la religión y convertido confesó y comulgó devotamente.

En 1874, cumplida su condena volvió a Francia y estuvo algún tiempo con sus parientes en Arrás, en Fampoux y en Les Ardennes, y luego partió para Inglaterra, donde pasó cerca de un año, dando lecciones de latín, de francés y de dibujo. En 1878 regresa de nuevo y acepta una plaza de profesor en un colegio; un tiempo después marcha, con el vivo anhelo de hacerse agricultor, a Coulommes, en los alrededores de Vouziers, pero, como es de suponer, no es en esta su nueva ocupación, muy constante, y después de muchas horas dolorosas, regresa a París.

La madre de Verlaine está cada vez peor de recursos y el poeta se ve precisado a vivir de su trabajo de escritor, a lo cual se aplica con esperanza. Colabora en **Reveil**, diario del que es Redactor jefe, Lepelletier; frecuenta el Barrio Latino, publica poesías en **Luteie**, destacándose su "Arte poético" que hace que algunos jóvenes le consideren su maestro y unos estudios sobre Corbière, Rimbaud y Mallarmé, que se reunen más tarde bajo el título de "Poetas Malditos". Entonces después de entregar al editor Vanier el original de **Memorias de un Viudo**, otros dos volúmenes en prosa y las poesías **Antes y ahora**, sintió nuevamente la ilusión de volver a Coulommes, donde se instaló con su madre en otoño de 1883. Pero en Febrero de 1885, a consecuencia de una lamentable escena que allí tuvo con aquélla, Verlaine hubo de comparecer ante el tribunal correccional de Vouziers, y a pesar de que su madre negara que su hijo la hubiera golpeado, fué condenado a un mes de cárcel. Al salir hubo de enajenar la casita de campo, regresando a París más pobre que nunca. Pensó todavía ganarse la vida con su trabajo de escritor, pero estaba ya enfermo y se paralizaba de día en día. Desde entonces hasta el fin de su existencia, hubo de llevar una vida miserable y dolorosa, de hospital en hospital, de refugio en refugio. En 1886 murió su madre, lo cual acabó de hacer su vida ingrata. Con todo, siguió trabajando aún. Todo París pudo verle arrastrando su pierna paralítica, con desdeñosa altivez o sentado en algún café del Barrio Latino, hablando de literatura con sus discípulos. En 1889, después de haber pasado algún tiempo en Russais, fué a buscar alivio a sus males en Aix-les-Bains, regresando después de la cura a Brussais. En 1891 representó a beneficio suyo el sainete **Los unos y los otros**, de cuya representación no llegó a cobrar un céntimo.

Colaboró en **L'Echo de Paris** y dió conferencias en Bélgica, Holanda e Inglaterra. Más tarde se representó su nuevo sainete **Madame Aubin**; fué visitado por los más famosos literatos de su época y llegó a hablarse del proyecto inverosímil de nombrarle académico. En 1893 se vió obligado a recluirse a su modesta vivienda de la calle Descartes, donde fué cuidado con solicitud por médicos y amigos hasta su muerte, acaecida el 6 de Enero de 1896.

Nos hemos detenido especialmente en la biografía de Verlaine porque es éste, acaso, el poeta extranjero moderno cuya obra es más conocida, y uno de los más apreciados en España y en la América española y uno de los que más han contribuído a formar la nueva generación de poetas de ambas partes, debido no poco a la admiración que Rubén Darío sintió por él y a la influencia grande que tuvo Verlaine en su obra.

Además de los libros citados, y entre otros de menor importancia, deben citarse **Amor**, poesías. **Canciones para ella**, poesías. **Mis hospitales**, en prosa. **Mis prisiones**, en prosa. **Odas en honor suyo**, poesías. **Quince días en Holanda**, en prosa. **Dedicatorias**, poesías; **Epigramas**, poesías; **Confesiones**, en prosa; **Invectivas**, poesías; **Poesias religiosas**, etc.

El mérito intrínseco de la obra de Verlaine no está en la riqueza y variedad de su prosodia, ni en sus atrevidas innovaciones, ni en la aplicación de sus teorías de su "Arte Poético"; el valor de su obra emana de la sinceridad inmensa con que habla al alma del lector, de su fuerza evocadora y sugestiva, de la profundidad trascendente de su queja y, en sus páginas más puras, de su alto vuelo lírico, dentro de una simplicidad anímica adorable. Aparte de esto, su influencia en lo literatura francesa ha sido decisiva y lo ha sido, y esto es más extraordinario, con más o menos buen éxito, en algunas literaturas extranjeras, especialmente en las castellana y en la alemana. Verlaine está hoy consagrado como uno de los más sutiles y exquisitos poetas de la humanidad.

(De la Editorial Cervantes)

UNA VISITA A PAUL VERLAINE EN EL HOSPITAL

Una mañana de invierno leía en mi casa algún antiguo tomo descabalado de Bernardín de Saint-Pierre—¡en aquella época era mi lectura favorita!— cuando llegó un amigo que, conociendo íntimamente a Paul Verlaine, se ofrecía a conducirme a Bichat, donde por entonces moraba el poéta. Ese poéta, tan querido para nuestras almas de adolecentes, el etéreo y exquisito soñador que enloquecía entonces a los centros artisticos, el incomparable animador de los recién llegados de nuestra edad, de quien sabíamos se hallaba miserable y enfermo, obligado, como los pobres, a buscar refugio en los lejanos hospitales, y aquella vida calamitosa aumentaba todavía a nuestra vista, el santo presbre... Durante aquel invierno se encontraba, pues, Verlaine en Bichat; decíase que ahí estaba cuidando su vieja gota, esa gota que de ordinario le hacía arrastrar una pierna, cuando se le encontraba apoyándose en un bastón, como un pobre hombre miserable... Era domingo, día permitido para las visitas. Sólo teníamos que emprender el camino para el hospital.

Vuelvo a verme caminando por las calles de la Butt; había caído mucha nieve, y una vez que bajamos hacia las llanuras de Saint Ouen, íbamos a lo largo de palizadas tres de las cuales dormían construcciones horribles, en un paisaje blanco y negro, color de luto y de crápula. Debíamos almorzar cerca de Bichat: recuerdo todavía la taberna color rojo de sangre: a gentes que como nosotros aguardaban comiendo, a gentes que como nosotros tenían un enfermo y que, habiendo llegado demasiado pronto para la hora de la visita, aguardaba turno. La mayor parte de aquellas gentes tenían un aspecto lamentable. Recuerdo a una mujer de rostro gris y arrugado que tenía sin duda un hijo en el hospital. No decía nada y miraba fijamente hacia adelante. Han transcurrido para mi muchos años desde aquel día de noviembre, pero todavía por largo tiempo me acordaré de esa mujer.

Por lo demás, estábamos muy distantes, mi compañero y yo, de conceder la menor importancia a aquellas angustias de los desdichados con quienes nos hallábamos en la sala del vendedor de aguardiente. Ibamos a ver al maestro por el que sentíamos inmensa admiración. Experimentábamos turbación indescriptible. A los veinte años se forma uno ideas convencionales sobre los seres. Un hombre a quien se admira se nos aparece como un Mesías; debe pronunciar palabras nunca oídas y en cada gesto revelar algo de lo divino... Pero en la realidad las cosas pasan de muy distinta manera.

Los hombres rara vez tienen apariencia sublime, y los más grandes se arrastran con aire de tristeza, los mejores tienen un humor de moro.

sidad y aspecto de monomaníaco.

Para llegar a la celda donde la solicitud de los médicos del hospital habían por fortuna aislado a Verlaine, era preciso cruzar una sala interminable con su fila de lechos en los que agonizaban, estirándose, rostros dolorosos, descarnados y alucinantes. Todavía siento frío en los huesos al pensar en ello... Las familias que se agrupaban en torno de los enfermos, las familias obsequiosas que les llevaban naranjas doradas, se me aparecen aún a la cabecera de los lechos. Era aquella una emoción capaz de despedazar los nervios, como al recibir un rudo golpe de arco. Pero una vez llegados a la piececita del fondo, se levanta un hombre de entre sus blancas sábanas, un viejo con la más cara cubierta por la bruma del ensueño; era Verlaine que miraba venir a sus visitantes... Con él, inmediatamente cambia la atmósfera... Un hombre lleva en sí el alma blanca de un niño, y de él se desprende una verdadera luz.

A primera vista Verlaine desde lo que nuestra imaginación concertaba. Para quien aguardaba presta generalmente de ideal a un rostro de poeta, se aparecía como viejo prisionero en un fondo digno de lástima. De su fisonomía, recocida por los alcoholes, se ha dicho ya mucho de lo que tenía de extraño, sin que en suma medie exageración. También se ha hablado muchas ocasiones de sus modales de muchacho bromista, y hay que reconocer que Verlaine abominaba el aire grave, las conversaciones sobre la alta literatura, la solemnidad y la pedantería. Se burlaba de las gentes a quienes gustaba dejar desconcertadas con frases más o menos dudosas. Por lo demás, bajo las apariencias del bohemio despreocupado se adivinaba un corazón dulce y humilde y el espíritu más refinado y más peculiar. Todo aquel provenía en Verlaine sino de una especie de decencia. En las más grandes extremidades a que se vió reducido, no quería parecer como llegado a menos. Los hombres son extraños, y nadie llega al fondo de sus almas.

A nuestra entrada nos saludó con la cabeza. Parecía doliente, con sueño, pero se irguió pronto, se puso de codos sobre la almohada y nos tendió una mano larga y amarillenta. Una gran congoja nos había invadido, y mi compañero, con timidez, hablaba y se informaba por la salud del recluso.

—No me siento nada bien, dijo Verlaine. Toso continuamente, y además tengo esta pierna incapaz de moverse...

Y se puso a gemir sobre la existencia, sobre las miserias, paternales de la vida. Había tenido siempre mala suerte. No había nacido bajo una buena estrella. Sin embargo, ¿por qué le habían ocurrido todas aquellas tristezas? Su temperamento no ofrecía nada que fuera tan diabólico! No hubiera pedido otra cosa que vivir como un buen hombre, y además, podían informarse en torno de él, ahora que sus vecinos de cama le veían sujeto a pruebas... Había en la tierra otros peores que él. Nos miraba con ojos desalentados, con el rostro bajo, casi como un mendigo... Fuera, escuchábase el paso del Ferrocarril de Cintura con la larga queja del silbato de su máquina. En la ventana temblaba el sol sobre las cortinas blancas y durante un segundo se hizo el silencio. Verlaine, ahora, tenía el aire molesto. Quizás lamentaba sus anteriores quejas. Por lo general, era un hombre verdaderamente alegre.

Le habíamos traído dulces, que aceptó, con aspecto divertido y con palabras de niño. Ahora le había vuelto su buen humor. Una o dos frases extrañas y sibilinas emitidas por sus labios quemados por el ajenjo, bastaron para dar algo de grandeza a aquel rostro de enfermo. Luego, volvió a ser el viejo pilluelo de todos los días.

Su conversación era viva, y sobre todos los temas. Hablaba de los unos y de los otros sin maldad, ciertamente, pero no sin malicia. Se le escapó una frase sobre Stéphane Mallarmé, que era entonces su rival de gloria... Después, Moreas recibió también un zarpazo... En general, Verlaine detestaba a los poetas y, a pesar de haber trazado uno, tenía por falsa y absurda toda especie de "arte poético". Tenía horror de los hombres de principios, de todos los que formulan códigos y que hacen catálogos de reglas. Por lo demás, nunca se encontraba tan bien como cuando se le permitía entregarse a su cándida charla. Bajo un rostro agradable e ingénuo era un soñador sin igual, que en un tiempo de soberano maquinismo había sabido encontrar la sencillez más sincera. En suma tan pronto como uno se acostumbraba a sus modales vagamente hirsutos de vagabundo, a sus actitudes afectadas e intermitentes de profeta de Bohemia, se entraba de pronto en comunicación con el ser más fino y más delicado que era posible conocer. En cuanto a sus graciosas y picantes salidas de tono, parecían entonces provenir de un espíritu casi angelical.

Las cosas más sencillas son a veces signos extraños. Fué así como una frase que nos dirigió Paul Verlaine y que, de momento, nos pareció sin alcance, me ha preocupado después largo tiempo. Le hablábamos de su próxima publicación. Debía ser de poemas de amor, poemas sobre una mujer, sobre una mujer de hotel amueblado y de cabarets de último orden, a la que se veía llegando en su compañía por las cervecerías, y que se llamaba Filomena. Esa mujer, criatura que ya envejecía, y que le daba la más dura existencia; cuando por casualidad ganaba algún dinero venía hasta el hospital para quitarle los cuartos. Verlaine, a pesar de todo, le guardaba su ternura. Los desventurados se adhieren a cualquier cosa. "Tengo el furor de amar", ha escrito refiriéndose a él mismo. El amor, por lo demás, se burla de las apariencias y encuentra su fuente en fondos invisibles.

—Mirad, nos dijo, quisiera hacer este libro. Al efecto, tengo ya algunos poemas. Pero todavía ignoro el título que voy a darle...

Ya desde entonces se presentaban dos a su espíritu. El uno era: "El Libro de Esther"; y el otro: "El Libro Póstumo". Y era este último título al que daba la preferencia. Le parecía descubrir en él algo macabro y burlón. Con las cejas arqueadas y los ojos sardónicos, volvía continuamente sobre aquel extraño título, pudiendo creerse que se divertí con nuestro inquieto asombro... Aquello ocurría aproximadamente un año antes de su muerte. Y todo el año, despreocupado y burlón, cuando se le preguntaba sobre su próximo libro, anunciaba a "El Libro Póstumo..." Al fin bien, sucedió lo que tenía que suceder.

¿Es acaso que en secreto alguna voz le había prevenido?... bien, el demonio de alas tenebrosas se complacía, a guisa de irrisión, hacerle predecir por sí mismo el fin en el que no creía y que, si hubiera concebido, sin duda le habría espantado? Somos juguetes entre las manos de la suerte? Se ríen de nosotros, esas potencias oscuras, de las que tratamos de coger el aliento y que sin que nadie lo haya visto nos han ya advertido muchas veces. Signos sutiles flotan en las menores cosas, y caminamos como ciegos sin comprender nada del misterio que nos baña...

Saint Georges de Bouhelier.

JURA, MUJER AMADA---

Jura, mujer amada, que cuando yo me muera
Llenos de tí el espíritu, los sentidos y el alma,
Llevándome por siempre a la perpetua noche
En mi pupila inerte, tu imagen adorada;

Y de mi corazón, tierno y feroz y altivo,
Todo el pasado triste y doloroso salga,
Divino y sin rival entre los grandes goces
De mi vida voraz, tempestuosa y volcánica;

A veces tu recuerdo se posará en la tumba
Del hombre que un esclavo fué siempre ante tus plantas,
Del que adorarte supo con todas sus potencias,
y que tu amor llevaba dentro de las entrañas;

De un ser hecho exprofeso tan sólo para amarte;
Para servirte sólo, y vivir por tu causa,
Y morir en tí sola. Sí; cuando abuela seas
Guárdate de exclamar con amor y con saña

Mis arrebatos locos de furor y de celos,
Las noches de mis iras, fieras y atrabiliarias;
Evoca, dueño mío, más bien el abandono
De mi ser, por entero entre tus manos blancas,

Siempre al dulce presente del todo consagrado,
A los claros futuros, a las bellas mañanas,
Y que de tu memoria la bendición me absuelva,
Y me guíe en la senda obscura y solitaria.

Versión de Rivas. **PAUL VERLAINE. ..**

FLORES ARTIFICIALES
Almacén
G. LARREATEGUI